

Prólogo

o las cartas boca arriba

En plena luz no somos ni una sombra.
Las sombras: unas ocultan, otras descubren.

ANTONIO PORCHIA

Libros como este pueden articularse de muy distintas maneras y no me parece que sea la menos adecuada la que se afana en reunir un grupo de trabajos que, pudiendo parecer dispersos, procuran responder a un sostenido interés por un género literario al que la crítica no le ha prestado la atención que debiera, por su historia, evolución teórica y singularidades estructurales. Recojo aquí, por tanto, diversos textos que podrían tacharse de ensayos, artículos, notas y reseñas sobre el cuento español de los últimos setenta años. Todos ellos son, con una única excepción, escritos publicados en periódicos, revistas literarias y académicas, aunque conservo la esperanza de que al juntarse en este volumen, se comprenda mejor el proyecto general que anida tras un empeño tan sostenido, la idea global que los hilvana en un tejido mucho más amplio que espero pueda apreciarse, en toda su complejidad, dentro de la historia del cuento español de la postguerra en la que vengo trabajando. Me parece que guarda un claro parentesco con otro libro semejante que publiqué en el 2003, *La realidad inventada. Análisis crítico de la novela española*

actual, en una colección de la editorial Crítica, llamada Letras de humanidad, lamentablemente desaparecida. La sensata acogida de público y crítica que aquel volumen obtuvo en su momento me ha animado a repetir —casi— la fórmula, con otro compendio semejante dedicado en esta ocasión al cuento literario.

Lo cierto es que todos estos trabajos pueden y deben entenderse como muestras de crítica literaria, como la práctica habitual de un profesor universitario que se ocupa simultáneamente, y de la manera más natural y espontánea posible, de la historia literaria y de la crítica de actualidad, sin dejar de plantearse las peculiaridades y límites del género, sus posibilidades, fronteras e hibridaciones con otros materiales narrativos semejantes. Me gustaría pensar que bien pudieran valer como ejemplos, a pesar de ser textos bien distintos en sus planteamientos, dimensiones y fines, de lo que Max Aub denominó *crítica viva*. Quizá no esté de más aclarar también que la selección de autores y libros, en mi caso, nunca ha sido solo producto del azar o del encargo, sino que responde casi siempre a mi libre albedrío, al interés personal por unas obras que me siguen pareciendo valiosas, y en algún que otro caso, poco atendidas a pesar de su calidad.

A menudo, cuando más grata resulta, la crítica es un homenaje, un reconocimiento al trabajo valioso, solitario y complejo del escritor. El paso del tiempo no hace sino reafirmarme en que solo es posible cultivar la crítica con el estudio atento y detenido de los textos, que únicamente pueden empezar a entenderse en su complejidad situándolos de forma adecuada en la historia literaria. No podría decirlo mejor sin aludir a las palabras que Claudio Guillén escribía en el prefacio de su último libro, *De leyendas y lecciones. Siglos XIX, XX y XXI*: “lo principal ha sido siempre la admiración, el entusiasmo, el afán de adentrarme en el conocimiento y la comprensión de unas obras y unas personas mediante la práctica de una crítica asombrada, impulsada por el deseo de compartir con otros lectores el proceso de ir más lejos, la profundización en las formas y en los valores que solo hace posible, tratándose tanto de creadores como de críticos, el ejercicio del lenguaje”.

Pero aquí nos las habemos —que diría el profesor Rico— con un género, el cuento, relato o narración, que a menudo nos obliga a plantearnos su singular esencia, su propia sustancia o especificidad,

cuanto lo semeja o distingue de otros que le son afines, pero también su función dentro del volumen, en tanto piezas individuales que son, o partes ensambladas en el conjunto que pueden llegar a ser, tras considerar los lazos correspondientes que se generan entre las distintas unidades. Así, por tanto, al tratar del cuento nos ocupamos de una serie de relatos concretos (“Brasas de agosto”, de Luis Mateo Díez; “La ventana del jardín” o “Mundo”, de Cristina Fernández Cubas; o “Lo que dijo el mayordomo”, de Javier Marías), de libros (*El corazón y otros frutos amargos*, de Ignacio Aldecoa) y ciclos de cuentos (*Cuentos del Barrio del Refugio*, de José María Merino o *Los girasoles ciegos*, de Alberto Méndez), e incluso de un conjunto de relatos antologados (en el caso de Daniel Sueiro), por solo aducir unos pocos casos. En efecto, aquí van a encontrarse con distintas posibilidades de análisis. Esta variedad ha contribuido a una mayor complejidad e interés creciente por el género en las últimas décadas, en las que el cuento ha alcanzado entre nosotros un valor que no había tenido nunca, ni siquiera en las décadas doradas de los cincuenta y sesenta del pasado siglo.

Pero uno no puede dejar de preguntarse qué es lo que nos interesa, realmente, de un cuento o de un libro de narraciones. Una respuesta posible podría ser la siguiente: su trama, desde luego; pero quizá también aquello que debemos intuir porque se nos ha dejado de contar, el protagonismo o la casi transparencia de una acción que es resultado de utilizar el tono más adecuado; la atmósfera que se crea a partir de un estilo y un lenguaje que, en la concisión e intensidad que caracterizan al género, adquiere siempre un papel protagonista, aunque deba combinarse con otros elementos. Y todo ello sin olvidar la proporción entre la narración y otros componentes tales como el diálogo, las pausas, la descripción, el retrato de los personajes, el efecto que producen ciertos detalles... A menudo solemos preguntarnos qué resulta para el crítico y para el lector agudo más estimulante o enigmático de una obra y por qué. En el caso del cuento, un género con una historia codificada, en donde las variaciones parecen limitadas, siendo —sin embargo— infinitas, cualquier intento o empeño por hallar un simple resquicio para ahondar en la tradición debería ser bien recibido.

Me ocupo en esta ocasión —decía— de varias posibilidades de análisis: las antologías (ya sean de época, temáticas o generacionales),

la recopilación de una selección de cuentos relativos a un solo autor y también del estudio de un relato concreto, sin olvidar la diversa naturaleza de los libros, que pueden generarse por acumulación, ser de corte temático, agruparse por ciclos, etc. Cuando en un libro de cuentos solo se superponen las piezas, cuando entre ellas no surge una cierta ilación, al lector atento le queda la impresión de que una parte del trabajo del escritor está aún por hacer, de haber sido engañados, en suma. Para dar cuenta de esta diversidad, coexisten en estas páginas escritores de diversas generaciones y edades, ya se hallen con una trayectoria cuajada o apenas al inicio de su andadura. Aquí conviven, pues, reseñas, notas, artículos académicos y prólogos, aunque me gustaría pensar que todos ellos poseen la subjetividad y amenidad distintivas del ensayo moderno. Los escritos más antiguos datan de 1989 y los más recientes del 2015, lo cual indica una constante dedicación e interés por un género a lo largo de un cuarto de siglo, con el que la crítica, nunca he logrado saber por qué, suele mostrarse cicatero. Quizás, aventuro una hipótesis pensando sobre todo en la crítica de actualidad, porque cuesta más trabajo analizar, valorar y jerarquizar las distintas piezas que componen un volumen de cuentos, su variedad, posible unidad o trabazón, que hacerlo de una novela.

Más en concreto, el único propósito que me ha guiado a la hora de juntar estos trabajos, cuando la vanidad y las necesidades académicas andan ya en retirada, por cierre del negocio y absoluta falta de fe en la causa, ha sido llamar la atención del lector sobre un género, unos autores y unas obras con cuya lectura he disfrutado especialmente. Nada más lejos de mi intención que imponer una interpretación determinada a propósito de estos textos, pero sí me gustaría que mis impresiones y opiniones pudieran servir de acicate para la discusión y confrontación de ideas, habida cuenta de que el crítico, pero también el historiador de la literatura, trabaja con juicios de valor, en una época en que tan escasos andamos de pensamiento consistente.

Me dirijo, por tanto, a los lectores de literatura, y en especial a los amantes del cuento, un género que a pesar de la importancia indiscutible que ha adquirido en España en las últimas décadas, sigue poniéndose en cuestión desde diversas instancias. Si esta condición se da también entre los escritores y los críticos literarios, en aquellos

de buena voluntad, entre cuantos siguen disfrutando con la lectura y apasionándose con su oficio sin que se hayan convertido todavía en meros comerciantes, mejor que mejor, pues me gustaría poder dirigirme a ellos. No digo todo esto a humo de pajas ni con ánimo de molestar, pero hay cosas que cuesta trabajo entender. En más de una ocasión he oído decir a algún escritor, y no siempre mediocre, que había dejado de escribir cuentos porque no le daba dinero, porque su agente o editor se quejaba de ello o porque un libro de cuentos —sobre todo eso, seamos sinceros— no les proporcionaba el reconocimiento, la presencia mediática, ni la recompensa monetaria que sí recibían, en cambio, con la novela.

Este libro podría haberse subtítuloado también “De Max Aub a los narradores de hoy”. A muchos de los autores de los que me ocupo, he tenido la fortuna de tratarlos. En ocasiones, la confianza que proporciona la amistad y la conversación pausada me ha servido para entender mejor sus obras de creación, nada más lejos de mi voluntad que caer en un biografismo mecánico, por no hablar de que me ha permitido comentar y discutir despacio aspectos de su obra con ellos. Aquí tengo en cuenta algunos de los escritores de relatos que prefiero: Juan Eduardo Zúñiga, Luis Mateo Díez, José María Merino, Cristina Fernández Cubas, Javier Marías, etc., por solo citar a los que tienen una obra todavía en marcha, pero ya consolidada. No en vano, quizá sea en géneros como el cuento donde se haga más necesaria una reflexión teórica, como lo es en relación con el microrrelato... De hecho, la aparición, desarrollo y estudio del microrrelato como un género independiente, distinto del cuento, debido a su extrema concisión, y por tanto brevedad, nos ha empujado a que nos replanteemos algunas de sus características, en especial el lugar que ocupa dentro del cada vez más complejo sistema literario, y más en concreto, en relación con los géneros narrativos restantes.

Por fortuna, en estas últimas décadas se han agotado las excusas para los escritores de cuentos, quienes ya no aducen los tópicos que se repitieron hasta la saciedad a lo largo de toda la postguerra. Ahora que ningún escritor de verdad, de interés, tiene dificultades para difundir su obra, en el grado que sea, no es de recibo decir que no pueden brindarnos obras de calidad.

El título del libro remite a un comentario que aparece en uno de los artículos sobre Cristina Fernández Cubas, junto a un aforismo de Porchia. Quizá porque, sin desdeñar el cuento realista, que aprecio de forma semejante, siempre he preferido —como lector de a pie, quiero decir— los relatos con algo de misterio, aquellos en los que se cuentan historias surgidas de entre las sombras del tiempo. Por último, me daría por satisfecho si mis comentarios pudieran servirle al lector, si lo incitaran a la lectura de alguno de estos cuentos, y ya no digamos si estas reflexiones le fueran útiles a la hora de comprender qué singulariza el género, o bien en qué estriba esa respiración distinta que le atribuye la narradora argentina Ana María Shua. Si ello llegara a ocurrir, habríamos cumplido sobradamente con nuestro ambicioso objetivo.¹

1 No quiero dejar de darle las gracias a todos aquellos que me solicitaron estos trabajos o los acogieron en diarios, revistas o páginas web, como Manuel Longares (*El Mundo y El Sol*), Elvira Huelbes (*El Mundo*), Robert Saladrigas (*La Vanguardia*), Lluís Bassets y Javier Rodríguez Marcos (*El País*), Amalia Iglesias (*Revista de Libros*), Irene Andres-Suárez (*Cuadernos de Narrativa*), Samuel Amell (*España Contemporánea*), Carlos Álvarez-Ude (*Ínsula*), Nuria Carrillo, Valeria Possi y José Manuel Goñi Pérez (*La Nueva Literatura Hispánica*), Fernando R. Lafuente (*Revista de Occidente*), José Luis García Martín (*Clarín*), Raúl Carlos Maicas (*Turia*), Pilar Celma (*Siglo XXI*), Santos Sanz Villanueva y Jesús Fernández Palacios (*Campo de Agramante*), Lilian Elphick (*Letras de Chile*), Enrique Jaramillo Levi (*Maga*) y Christian Lagarde y Philippe Rabaté (*HispanismeS*); o bien fueron publicados en libros o revistas, al cuidado de Manuel Aznar Soler, Jaume Pont, Ramón Jiménez Madrid, Ángeles Encinar, Kathleen M. Glenn, Carmen Valcárcel, Geneviève Champeau, Jean-François Carcelen, Georges Tyras, Cristina Albizu y Gina Maria Schneider. Esther Tusquets, con su habitual generosidad, pensó que yo podía prologar sus cuentos. Y, por supuesto, a mi cómplice, el editor palentino José Ángel Zapatero. Prefiero olvidarme piadosamente del responsable de otra publicación mensual en la que solía escribir, pues tras no ceder a sus presiones para que lo incluyera como escritor de cuentos en un trabajo panorámico, dejó de pedirme colaboración. En el caso de que hubiera dejado de nombrar a alguien, le ruego que me disculpe. También quiero agradecerles públicamente la ayuda que me han prestado para documentar alguno de estos artículos a la escritora Julia Otxoa, al profesor y crítico Jon Kortazar (a quien no siempre le he agradecido lo presto que se muestra en ayudar) y al editor Jorge Herralde, que todavía no se ha ido y ya lo echamos de menos.